



Pero no se trata sólo de un fenómeno cuantitativo. El análisis antropológico ha logrado contagiar la imaginación de los novelistas (Martínez, Calvo), sin olvidar esa atracción de la historia (Cisneros, Vargas Llosa), o el clásico influjo sociológico en la crítica literaria (Comejo). Es así que quienes labran otras parcelas temen una especie de "imperialismo" de la sociología y conciben "zonas de refugio" de las humanidades, como en cierta manera serían los linderos de la revista *Hueso Húmero*. No faltan proyectos de reflotar antiguas publicaciones, como tantea Marco Martos, indistintamente, con *Hipócrita Lector* o *Poliedro*, para reivindicar los fueros de la imaginación y del "saber inútil", frente al practicismo que se atribuye a las ciencias sociales. Pero junto a estos casos existen otros más frecuentes, como el de Abelardo Sánchez León, un poeta condenado a sociólogo, o el de Luis Peirano, un director de teatro resignado a un destino similar.

Recuerdo que en los inicios de este boom, José María Salcedo, que fue alumno de derecho, identificaba a la sociología con "la ciencia". En ella debían encontrarse las claves que nos permitieran entender ese heterogéneo universo social peruano. Al parecer esta concepción fue acatada durante el reformismo militar. El Estado y los ministerios no sólo crecieron, sino que además los lugares que antes ocupaban ingenieros y arquitectos, y mucho antes abogados, pasaron a manos de sociólogos, y tras ellos, antropólogos, y, desde luego, economistas. Una demanda creciente de trabajo en las oficinas públicas llevó a que los alumnos, en los programas universitarios de ciencias sociales, se multiplicasen. A su vez, las diversas disciplinas se fueron radicalizando hasta que se llegó a la curiosa identificación entre ciencia social y marxismo. Términos casi sinónimos, para espanto de los conservadores, como pudo observarse en la polémica en torno a la reforma educativa. Era raro conocer a un sociólogo funcionalista. La lectura de Weber pasó a una dimensión erudita.

**BALANCE POSITIVO**

Es evidente que este año, como en los anteriores, el número de publicaciones peruanas en el campo de las ciencias sociales, convierte al Perú —teniendo en cuenta, además, la situación represiva en Chile y Argentina— en uno de los principales focos de irradiación del pensamiento social latinoamericano, quizá únicamente comparable con México. Deben haberlo constatado quienes asistieron, por ejemplo, a la asamblea de CLACSO. Los entusiastas, siguiendo una cierta moda "retro", podrían recurrir a las comparaciones con el Perú de los años 20 y decir que desde entonces no se producía un fe-

# El "boom" de las ciencias sociales

Alberto Flores Galindo

El balance de lo escrito en el país figura, en diarios y revistas, como un casi invariable rito de fin de año. Ninguna publicación omite este recuento. La conclusión a la que se llega en esta ocasión, al igual que en años anteriores, luego de una rápida suma de títulos y autores, es la del predominio de las ciencias sociales.

nómeno editorial similar. Pero llegados a este punto, el optimismo puede terminar.

En efecto, ocurre que si bien la cantidad de publicaciones es cuando menos respetable, éstas, seducidas quizá por el encanto o el apremio de lo inmediato, no han sido capaces de abordar ciertos problemas capitales de la sociedad peruana. Carecemos de un imprescindible "balance y liquidación" del gobierno militar: siguen en pie las diversas caracterizaciones que se improvisaron y, dada esta ausencia, los marxistas muchas veces han terminado repitiendo lo que dicen esos intelectuales de la "primera fase", tan menospreciados en su momento. Pero un vacío mayor es la hasta ahora incapacidad de la ciencia social peruana para elaborar una imagen del conjunto de su sociedad. Tanto es así que Luis Alberto Sánchez se ha visto obligado a repensar su antiguo ensayo *Perú: retrato de un país adolescente*. Al término de esa tarea concluye que este país todavía no ha encontrado su clave. ¿Qué se podría responder desde el boom de las ciencias sociales? ¿Cuál sería la réplica? Temo que poco o nada. Es preciso, entonces, superar ese fácil optimismo que llevaba a considerar una supuesta hegemonía del marxismo en la vida intelectual peruana.

Abundan las monografías, los estudios de casos. Faltan los trabajos de conjunto. No se ha podido conciliar el ensayo (con su capacidad de síntesis y su empleo de la imaginación), con el análisis paciente y riguroso. Es por esta deficiencia que los libros escritos y pensados en los años 20 siguen teniendo vigencia y los peruanos deben recurrir a la lectura de Belaúnde, Mariátegui o Haya, según sus predilecciones políticas. Desde luego no es algo en sí mismo negativo, y que los *7 Ensayos* se impriman repetidas veces nos dice mucho sobre el valor de su autor, pero ocurre que el Perú de 1980 ya no es el país de Leguía y el oncenio, que muchas cosas han cambiado, con el surgimiento de nuevos personajes en la escena política y, además, los métodos y técnicas de las ciencias sociales se supone que se han perfeccionado.



**BOOM EDITORIAL Y CULTURA**

La falta de una imagen nueva del país quizá guarde relación con otro hecho. Como conversábamos con Guillermo Nugent, las ciencias sociales, a pesar del boom editorial, no han sido capaces de crear una cultura. La distancia entre la cátedra universitaria y el libro de texto —que en su momento Sánchez, Basadre o Porras trataron de atenuar— se ha incrementado de una manera que pareciera insalvable. Para contrarrestar estos fenómenos ha surgido la figura de la "difusión popular", pero en la mayoría de los casos, se ha tratado de una mala simplificación de los avances conseguidos en las ciencias sociales. Es la imagen de quienes se sienten llevando la "luz al pueblo" y que se creen obligados a simplificar, hasta el esquema o el slogan, la riqueza de los fenómenos sociales. Viene a la memoria una historia gráfica del movimiento obrero, donde el testimonio fotográfico no es cabalmente utilizado; en sustitución se reproducen textos de revistas y periódicos o se repiten consabidas fotos de Mariátegui.

Otro signo que avala nuestras reflexiones es que, como durante la década de 1920, existe una diversidad de revistas, pero pocas logran sobrepasar los primeros números, rara es la que acata alguna periodicidad y de hecho no existe la revista —a pesar de Párasa y Cotler— que señale algún derrotero posible, como en su momento lo hicieron *Amauta* o *Amaru*. El modelo de mayor éxito es la revista que podríamos llamar "coyuntural", con insistencia en política y economía, con textos breves y a veces rápidos:

los ejemplos citables podrían ser *Actualidad Económica*, *Debate*, *Quelacer*, *Tarea*... Esfuerzos múltiples que persisten aislados. Aunque algo en común entre los científicos sociales es la fecha de nacimiento (fines de 1940), carecen de la necesaria cohesión, del aliento colectivo que correspondería a lo que clásicamente se denomina "generación".

Las preocupaciones inmediatas han acortado la perspectiva de las ciencias sociales. En otras palabras, un exceso de táctica ha mermado una visión estratégica. Desde luego que hay intentos de navegar en contra de la corriente dominante, como ese libro de José María Caballero, tan justamente elogiado, sobre la estructura agraria serrana. Podemos mencionar también la habilidad de Nelson Manrique y de Víctor Caballero\* para pensar ciertos problemas capitales de la sociedad peruana (los campesinos y la nación) desde dos casos concretos (la guerra del Pacífico y la expansión ganadera de la Cerro de Pasco). Los escritos de Manrique han generado una discusión inusual: otros autores, como Heradio Bonilla, Florencia Malion o Margarita Guerra, han escrito notas críticas donde apuntan nuevos hechos o esgrimen una argumentación diferente. Situación excepcional, en medio de una ciencia social que paradójicamente ha sido incapaz, hasta ahora, de producir una crítica sistemática de libros como la que dispone la literatura. Todos recordamos los artículos dominicales de José Miguel Oviedo (ahora relevado por González Vigil). Y algunas veces también por Marco Martos o Mito Tumi. Abundan las referencias de cortesía, los elogios entre amigos, pero no hay verdadero debate, en el transcurso del cual se vaya elaborando un pensamiento colectivo. Es así que las ciencias sociales no han conseguido orquestar los diversos esfuerzos en torno a ciertas corrientes fundamentales. No hay escuelas. Hasta ahora no ha surgido una manera de pensar la sociedad que nos diferencie y defina en relación a lo que se puede escribir en otras latitudes. Aunque atenuada, la dependencia persiste.

**MARXISMO Y ORTODOXIA**

En función de superar este lastre colonial, que sujeta la reflexión social, nos parece excepcionalmente meritorio el esfuerzo de pensar desde el Perú al marxismo. No simplemente de empleo, sino de cuestionado desde los marcos de una sociedad atrasada y equidistante de Europa. Por esto, el texto de Francis Guibal sobre Gramsci ameritaría una discusión más detenida que la otorgada hasta el momento. Algunos años atrás, resultó imperdonable el olvido a que fue condenado el libro de López Soria sobre Lukács: una verdadera contribución, no sólo por el análisis sino además por el material inédito, para entender la adolescencia del pensador húngaro y su iniciación en el marxismo. En este terreno se ha formulado una hábil crítica al supuesto "europeo centrismo" de Carlos Marx, realizada por Franco en un libro que debería ser replicado por quienes nos ubicamos en una trincherá diferente.

Quizá sería conveniente que en el futuro los científicos sociales abandonen una cierta autosuficiencia —fomentada por ellos mismos y por sus lectores— y busquen restablecer ciertos puentes con personas provenientes de otras disciplinas, como los filósofos que acabamos de mencionar o los poetas y narradores que enumerábamos al principio de este artículo. Uno de los "secretos" del pensamiento social peruano en los años 20 fue ese propósito de confluir la rigurosidad analítica, con la intuición y la capacidad de síntesis. En esta alquimia radica el encanto perenne de los *7 Ensayos*, pero lamentablemente cierta sobrealaboración de los temas ha conducido a descuidar el estilo. Es preciso admitir que muchos libros de ciencias sociales condenan al tedio a sus lectores. Lectura impuesta, obligada por las circunstancias, austera, sin ningún placer. Pero por sí mismo, lectura que difícilmente se repite. El resultado es un público significativo (alrededor de 2,000 ejemplares) que sin embargo no consigue expandirse ni reclutar nuevos adeptos.

Pero después del ensayo de Guillermo Rochabrún, "Sociología de la sociología en el Perú" (*La Revista*, julio de 1981), y el considerable andamiaje empírico que aporta el libro reciente de Enrique Bemaes, *El desarrollo de las ciencias sociales en el Perú*, sería necesario un análisis más detenido para ponderar, con justicia, los aportes de todo un largo periodo que pareciera que estuviéramos en la etapa final— durante la cual la reflexión social gravitó en torno a la sociología.

\* El libro de Víctor Caballero, *Imperialismo y campesinado en la sierra central*, Huancayo, Instituto de Estudios Andinos, 1981, no ha figurado, por descuido de los comentaristas o mala distribución de la editorial, en los diversos recuentos de publicaciones.